

SANTO TRIDUO PASCUAL 2018

Viernes Santo: Pasión del Señor

La contemplación de la escena en el Calvario nos puede ocasionar cierta impresión de oscuridad, de que estamos solos, de que somos de la raza de Caín: perversos, malvados y asesinos. Puede ser que nos veamos indefensos e impotentes, cierto sentido de que no hemos podido hacer nada y de que nos quedamos huérfanos. Ante esa escena, para nosotros estremecedora, cabe una mirada racional que se limita a constatar lo que ve, aquello empíricamente incontestable, una fotografía mental. Cabe también una mirada piadosa, una mirada que intenta empatizar con los que están al pie de la cruz, sentir pena por ellos y sentir deseos de llevarles compañía, de llevarles alivio y consuelo. Ambas miradas son legítimas pero resultan cortas, insuficientes, para nosotros, discípulos de Jesús hoy. Jesús quiere que intentemos comprender lo que allí acaba de suceder, quiere que aprendamos de él porque también en el Gólgota Jesús es el Maestro que nos enseña; es más, nos lo quiere contagiar, no solo para que lo interioricemos, sino para que estemos dispuestos a hacer lo que él ha hecho.

Para comprender la escena del Calvario es precisa la actitud de contemplación. Mirarla y que se quede impresa en nuestra memoria como una fotografía. Pero no solo basta con retener la imagen; para comprenderla es necesario penetrarla y traspasarla. ¿Cómo? Contamos con el auxilio de las Escrituras y de la totalidad de la enseñanza de Jesús; contamos también con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros. Y ya aquí vemos necesaria la fe. No podemos comprender la muerte de Jesús si no creemos que él es el enviado, el Hijo del Padre, anunciado por los profetas. En ellos vemos anunciado todo lo que hoy contemplamos y la primera lectura que hemos visto, del profeta Isaías, así lo demuestra. Si acudimos a la enseñanza de Jesús, encontramos: «Nadie me quita la vida, sino que yo la doy voluntariamente» (Jn 10,18) y «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13). En la escena de la Transfiguración se nos dice que Jesús hablaba con Moisés y con Elías de «su muerte, que iba a consumir en Jerusalén» (Lc 9,31).

Según todo esto, Jesús entrega libremente su vida en un acto de amor hacia aquellos a los que ama y en un acto de obediencia al Padre. Amor, renuncia y obediencia se citan en Jesús para ir al Calvario. El amor porque es la definición de Dios; Jesús es Dios, luego Jesús es amor, el Amor. La renuncia, porque se da, porque vive para los demás, porque no vive para sí mismo sino para darse; y darse es el sentido de toda su vida en la tierra. Y la obediencia. Jesús fue libre, como todo ser humano, pero eligió obedecer; no sin sufrimiento. Nos lo recuerda la carta a los Hebreos: «Aprendió, sufriendo, a obedecer». El sufrimiento de Jesús es un sufrimiento obediente; tiene pleno sentido; no es un sufrir para nada, sino la renuncia de sus propios planteamientos para hacer la voluntad del Padre. El sufrimiento no es un obstáculo para que Jesús lleve adelante su misión. Lo asume y se da.

Pero el discípulo no puede quedarse en el hecho de comprender. Lo propio del discípulo es aprender a hacer, es decir, a actuar, como el Maestro. El testamento de Jesús en la última cena lo expresaba con claridad: «Como yo os he amado». En nuestras vidas ponemos demasiadas rémoras a hacer como hizo Jesús. Nos acercamos, pero no terminamos de querer hacer. Encontramos demasiadas censuras que nos lo impiden. Y es que somos de Jesús, pero también queremos ser de nosotros mismos. Hay ataduras en la vida que nos impiden llegar donde llegó él. Solo si nos proponemos vencerlas, aunque sea poco a poco, podremos acercarnos más a la actuación del Maestro, a su deseo de que amemos a su modo.

Nuestra fe es cristológica porque tiene como centro la persona y el mensaje de Jesús. Pues bien, el misterio pascual es el centro de su misión en el mundo, de su actuación y de su enseñanza. Su entrega en la cruz es el acto culminante de su pedagogía para con nosotros. La cruz es el trono del Rey; es la manifestación de su gloria, una gloria que no es de este mundo. El momento de la cruz es la manifestación del Reino. Allí se ve a quiénes había reservado el Padre el puesto a su derecha y a su izquierda. El discípulo habrá de estar donde está su Maestro. Y hoy vemos dónde es.

Miremos una vez más la escena del Calvario y con estremecimiento, con asombro, con admiración digamos una vez más con San Francisco de Asís: "Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, que por tu santa cruz redimiste al mundo".